



V JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA

LA CRISIS GLOBAL COMO CRISIS DEL
PENSAMIENTO ECONÓMICO

LA CRISIS MUNDIAL Y EL HUNDIMIENTO DEL
PROYECTO IMPERIALISTA DE LA UNIÓN
EUROPEA

JOSÉ CASTILLO

23, 24 Y 25 DE AGOSTO DE 2012 - FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES | ARGENTINA

La crisis mundial y el hundimiento del proyecto imperialista de la Unión Europea

José Castillo¹

Resumen

La crisis económica mundial, que comenzó en julio de 2007 con la quiebra de las hipotecas en los Estados Unidos, hace rato que ya ha desplazado su foco más crítico hacia Europa. Es que los billones de dólares lanzados para salvar a los bancos en 2008 y 2009 terminaron generando una situación contradictoria: ahora los "superendeudados", los "quebrados", son los Estados que no pueden pagarle su deuda en bonos a los grandes bancos. Así, la crisis "mutó" de crisis de las hipotecas yanquis impagas y quiebra de los bancos (2007-2008) a crisis de los Estados europeos al borde de cesaciones de pagos.

Así se sucedieron las políticas de "pague los vencimientos y ajuste" y "salvataje con más endeudamiento y nuevos ajustes", que reventaron -e incluso produjeron caídas de gobiernos- en Islandia, Grecia y Portugal, hasta llegar a afectar a actores grandes de la Unión Europea, como España e Italia. El balance de cuatro años de planes de ajuste es desolador: todos los países siguen ferozmente sobreendeudados, con déficits fiscales astronómicos y, lo más importante, con un agravamiento sin precedentes de sus tasas de desempleo y pobreza. Por eso ya hace rato que comenzó la resistencia, visible tanto en las diferentes huelgas que recorren el continente como en el surgimiento, en 2011, del movimiento de los "indignados". En noviembre de ese año cayeron los emblemáticos gobiernos de Zapatero (España), Berlusconi (Italia) y Papandreu (Grecia). 2012 verá la continuidad de esas luchas, la caída ahora de Sarkozy y el fenomenal giro a izquierda del sistema político griego. Mientras tanto, el horizonte del euro y del proyecto Unión Europea como totalidad, acentúa su crisis.

¹ Economista (UBA), Profesor (UBA, UNICEN), miembro del EDI.

La crisis económica mundial, que comenzó en julio de 2007 con la quiebra de las hipotecas en los Estados Unidos, hace rato que ya ha desplazado su foco más crítico hacia Europa. Es que los billones de dólares lanzados para salvar a los bancos en 2008 y 2009 terminaron generando una situación contradictoria: ahora los "superendeudados", los "quebrados", son los Estados que no pueden pagarle su deuda en bonos a los grandes bancos. Así, la crisis "mutó" de crisis de las hipotecas yanquis impagas y quiebra de los bancos (2007-2008) a crisis de los Estados europeos al borde de cesaciones de pagos.

Así se sucedieron las políticas de "pague los vencimientos y ajuste" y "salvataje con más endeudamiento y nuevos ajustes", que reventaron -e incluso produjeron caídas de gobiernos- en Islandia, Grecia y Portugal, hasta llegar a afectar a actores grandes de la Unión Europea, como España e Italia. El balance de cuatro años de planes de ajuste es desolador: todos los países siguen ferozmente sobre-endeudados, con déficits fiscales astronómicos y, lo más importante, con un agravamiento sin precedentes de sus tasas de desempleo y pobreza. Por eso ya hace rato que comenzó la resistencia, visible tanto en las diferentes huelgas que recorren el continente como en el surgimiento, en 2011, del movimiento de los "indignados". En noviembre de ese año cayeron los emblemáticos gobiernos de Zapatero (España), Berlusconi (Italia) y Papandreu (Grecia). 2012 verá la continuidad de esas luchas, la caída ahora de Sarkozy y el fenomenal giro a izquierda del sistema político griego. Mientras tanto, el horizonte del euro y del proyecto Unión Europea como totalidad, acentúa su crisis.

Las causas estructurales y el marco histórico de la crisis

La crisis, que ya lleva cinco años, es un capítulo más, sin duda el más largo y el más agudo, de la crisis crónica que atraviesa la economía mundial desde hace cuarenta años. La caída, en aquel momento, de las tasas de ganancia de las industrias más importantes del capitalismo imperialista, generó una inmensa sobreacumulación de capital que busca, desde entonces, valorizarse especulativamente. Ya va más de una generación de creación y recreación de ese capital ficticio, sin ninguna relación con la realidad productiva, que sólo genera burbujas especulativas que terminan estallando y dando lugar a crisis cada vez más profundas. Los distintos gobiernos imperialistas, con distintas retóricas, algunos planteando "más intervención del Estado" y otros "menos", han coincidido en una y siempre la misma política económica: ajustar, reducir "los costos salariales" y "las políticas sociales", léase, descargar los costos sobre los trabajadores (locales e inmigrantes). En primer término, para salvar a los bancos y a los especuladores. Y, más estratégicamente, para tratar de recomponer las tasas de ganancia de las ramas productivas a través de mayor explotación.

En la segunda mitad de la década del sesenta se acabó la fase de crecimiento económico "largo" que ocurría desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Esto se confirmó en los primeros años '70, con la crisis del petróleo y la aparición, ahora ya a escala mundial, de lo que se llamó "estanflación" (desocupación e inflación a la vez). Y, por si quedaba alguna duda, se reconfirmó a principios de los '80 con la crisis de la deuda externa latinoamericana. La causa última de estas crisis era un retroceso fenomenal de la tasa de ganancia en las ramas productivas más importantes de la posguerra (automotriz, bienes de consumo durables, metalmecánica en general). El capital, sin ocupación productiva, buscaba valorizarse especulativamente, en forma parasitaria, y lo único que hacía era reproducir y agrandar la crisis.

El imperialismo y la burguesía lanzaron un programa global para tratar de aumentar cualitativamente la tasa de explotación y lograr así recomponer la tasa de ganancia. Consistía, esquemáticamente, en:

1. La generalización de la desocupación para presionar a la baja el nivel de salarios.
2. La prolongación de la jornada de trabajo.
3. La intensificación de los ritmos de trabajo.
4. La utilización de los trabajadores inmigrantes, muchos de ellos ilegales, para súper-explotarlos con salarios de hambre y sin seguridad social.
5. Una política sistemática para liquidar todos los beneficios sociales (sistemas de salud, jubilaciones, seguros de desempleo, vivienda social, etc.).
6. El traslado de plantas industriales de las transnacionales al Tercer Mundo para utilizar la mano de obra más pobre e indefensa, en particular al Sudeste Asiática, pero también a algunas áreas de Latinoamérica.
7. La penetración del capitalismo en el campo, expulsando a millones de campesinos a las ciudades.
8. El saqueo a los países atrasados, por medio del intercambio desigual en el comercio, la remisión de utilidades a las casas matrices, la deuda externa, la fuga de capitales, el saqueo de los recursos naturales y las políticas de los "tratados de libre cambio".
9. La transformación en semi-colonias de los países en los que en su momento se había expropiado el capital. Estas políticas, que ya habían comenzado aún cuando subsistían esos estados, luego van a pegar un salto cualitativo con la restauración capitalista.

A la serie de las primeras crisis agudas posteriores al boom, siguieron otras en la década del '80, como la caída de la Bolsa de Wall Street en 1987 y el estallido de la Bolsa Japonesa en 1989. Y en los '90 las crisis se sucedieron al compás de los distintos mercados donde buscaban hacer ganancias ficticias esos capitales especulativos: el "efecto tequila" en 1994, la "crisis del sudeste asiático" en 1997, la cesación de pagos rusa en 1998, y la crisis latinoamericana cuyo capítulo más importante fue el estallido argentino de fines del 2001.

Se plantea entonces la pregunta: ¿Por qué sigue la crisis crónica? La primera y obvia respuesta es: "porque no se recupera la tasa de ganancia en las ramas productivas". Y en esto debemos ser claros: no nos estamos refiriendo a "pequeñas y circunstanciales recuperaciones" de las que se nutren los informes de la economía burguesa e incluso algunos economistas marxistas impresionistas. Los estudios empíricos más serios de economistas marxistas como Brenner y Shaik concuerdan en que la tasa de ganancia no se ha recuperado con respecto a los niveles de los 20 años posteriores a la posguerra. Y que incluso en los breves períodos en que tuvo pequeñas subas, como la segunda mitad de los '90 o los años posteriores al 2003, jamás alcanzó los valores que tuvo durante el boom de 1948-67. Al respecto Duménil, que es de los autores marxistas que más insiste con una "recuperación relativa" de la tasa de ganancia, tiene que reconocer que en 1997 esta era un 50% de la de 1948 y entre un 60 y un 75% de la de 1965, cuando ya había comenzado la tendencia a la baja².

La pregunta es entonces porque no se revierte esta caída de la tasa de ganancia. Creemos que la respuesta tiene tres ejes:

1. La "contrarrevolución económica permanente" no ha pasado. El imperialismo y la burguesía mundiales no lograron derrotar a la clase obrera y las masas populares del mundo. No negamos la existencia de derrotas parciales, donde se arrebataron conquistas, pero sostenemos que, a nivel global, la clase trabajadora ha resistido y sigue resistiendo, e incluso asestándole derrotas, al imperialismo: la reversión del ciclo latinoamericano de los '90, donde a las privatizaciones de entonces hoy le han seguido, así sea parcial y acotadamente, una serie de re-nacionalizaciones, es un ejemplo. Desde esta perspectiva discrepamos aquellos que basan su análisis en la existencia de una "derrota histórica" de la clase obrera en la décadas del '90. Por el contrario, la pervivencia de la crisis crónica, es a nuestro juicio la demostración más tajante de la inexistencia de esa derrota.
2. Ha habido un lugar del planeta donde la clase trabajadora efectivamente ha sufrido una fuerte derrota: la China, tras la masacre de Tiannamen. Este hecho es la explicación más importante de la superexplotación que hoy sufre el

² Gérard Duménil y Dominique Levy, "The Real and Financial Components of Profitability –USA 1948-2000".

proletariado chino. Sin embargo, por el tamaño relativo de su economía con respecto a las de Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, esto sólo no basta para revertir la tendencia a la caída de la tasa de ganancia a nivel global, y por lo tanto la crisis crónica.

3. A pesar de lo que propagandizan los teóricos de la “nueva economía”, la serie de nuevos inventos producto de la reconversión científico técnica (la informática, los avances en las telecomunicaciones, la biogenética, los nuevos materiales) no alcanzan para producir un salto en productividad tal que recupere la tasa de ganancia.

La “prehistoria” de la crisis: el capítulo americano

La economía estadounidense salió definitivamente de la recesión en que había caído con el crack de Wall Street de 1987 a comienzos de 1992, inaugurando un período de crecimiento del PBI sostenido durante toda la década, que no se vio perturbado por las crisis agudas globales que afectaron a la economía mundial en la década, como la mexicana de ´94, la asiática del ´97 y la rusa del ´98. Apenas si estas últimas generaron algunas perturbaciones bursátiles, que no llegaron a la economía real. Lo más grave que sucedió fue la necesidad por parte de la Reserva Federal de salir a salvar al fondo Long Term Management, que había quedado entrampado en el default ruso.³

¿A que se debió el crecimiento económico americano de los ´90? Podemos señalar tres causas:

1. En los Estados Unidos se produjo una aspiradora de capital mundial –acá resultó fundamental el dólar “fuerte” de la época y la política de la Reserva Federal comandada por Alan Greenspan-. Ello se expresó en el fenomenal déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos y en un endeudamiento de las familias que superaba en dos veces su ingreso (para comparar, cuando empezó el crecimiento, en 1992, el endeudamiento de las familias era apenas el 8% de sus ingresos).
2. La masa de dinero que venía del exterior (de un Japón en recesión desde el estallido de “su” burbuja especulativa inmobiliaria en 1989; del Tercer Mundo, y de Europa) fue la base en que se financió la llamada “New Economics”. Se

³ Y algunas perturbaciones bursátiles, que sin embargo nunca se trasladaron a la economía real.

sostenía que, a partir de un espectacular cambio tecnológico y de la organización del trabajo con base en el procesamiento electrónico de información y su vinculación con las telecomunicaciones, se había creado una nueva rama que recuperaba definitivamente las tasas de ganancia en el capital productivo. Así se creó y se valorizó hasta el infinito el índice Nasdaq de Nueva York (y también hubo un fuerte rally alcista en el propio Dow Jones).

3. Hubo, sin dudas, un aumento de la tasa de explotación de la clase obrera mundial, aún cuando no llegara a los niveles requeridos en el citado anteriormente proyecto "contrarrevolucionario global". Esto incluyó a los propios trabajadores norteamericanos, que vieron destruirse desde mediados de los '80, millones de puestos de trabajo formales.

Sostenemos que ese crecimiento en el sector de las empresas tecnológicas fue, en general, una burbuja especulativa y no un crecimiento genuino de capital productivo. Ello resultó claro cuando, en marzo de 2000, comenzó el "derrumbe" del Nasdaq, y de los balances de todas las empresas vinculadas al sector, lo que incluso desató una ola de despidos y reestructuraciones que llevaron a la economía norteamericana a declararse oficialmente en recesión en 2001.

Se trató de una espectacular sobreinversión, basada en la especulación de un reparto de la plusvalía mundial a ser obtenida a futuro.

En el año 2001, los Estados Unidos tuvieron que reconocer "oficialmente" que estaban en recesión. Poco después se iba a descubrir que los números eran peores aún, cuando aparecieron los fraudes de grandes corporaciones que escondían pérdidas, con los casos de Enron y World Com.

Los ataques a las Torres Gemelas le dieron a Bush la excusa exacta para lanzar una agresivísima política de reactivación económica. Decenas de miles de millones de dólares se lanzaron para "estabilizar los mercados tras los ataques"; la Reserva Federal yanqui, que ya había comenzado a bajar la tasa de interés en los meses previos, lo siguió haciendo en forma cada vez más acelerada hasta llegar a un irrisorio 1%, anual y, por sobre todo, se volcaron millonadas al gasto militar (del superávit fiscal con que terminó la era Clinton se pasó rápidamente a un déficit de más de 400.000 millones de dólares). Fueron cientos de miles de millones de dólares para garantizar la reactivación. Pero toda esa masa de fondos no fue ni a las nuevas inversiones tecnológicas ni a la industria, con excepción del complejo militar o la construcción.

Se fomentó a niveles astronómicos el crédito para el consumo, fundamentalmente a través de préstamos hipotecarios. Eso generó que los precios de las propiedades en los Estados

Unidos subieran hasta valores impresionantes. Se invertía entonces en el “negocio” de la construcción, con rentabilidades absolutamente por fuera de la realidad, garantizadas por esa masa impresionante de créditos hipotecarios con tasa baja (pero variable). Luego, cuando se terminaron las posibilidades de seguir ampliando el crédito con garantías seguras de repago, se empezaron a otorgar créditos hipotecarios, incluso a aquellos que no tenían ninguna posibilidad de pagar las cuotas (se los llamó las hipotecas “subprime”). Los bancos, a su vez, pedían ellos mismos dinero prestado ofreciendo como garantía esas mismas hipotecas de dudoso cobro. Y colocaban ese dinero en los mercados especulativos del mundo, en fondos donde “mezclaban” esas hipotecas subprime con otros productos financieros más presentables. Luego, con el dinero obtenido se compraban acciones de empresas, o se prestaba a empresas para que compraran otras, dando lugar a una ola de fusiones y adquisiciones. Estas operaciones pronto salieron de los propios Estados Unidos, generando un circuito especulativo que se expandió por Europa y Japón.

Resulta importante detenerse en estas ingenierías financieras y su significado. El gran desarrollo de la banca de inversión y la llamada “securitización” o titulización que la acompañó hizo que todo crédito se convirtiera en un título negociable, vendible, sujeto a cotización y, por lo tanto, a especulación. Todo esto se desarrolló desplazando al más viejo rol “intermediario”, clásico, de la banca comercial, sometida a los controles de la Reserva Federal, con límites de endeudamiento claros. Los bancos de inversión desarrollaron una lógica de funcionamiento de maximización de la rentabilidad de corto plazo, expandiendo sus “productos” sin tener en absoluto en cuenta su exposición al riesgo. A ello se le sumaron los Hedge Funds (fondos de riesgo). Los “viejos consejos” de los libros de texto sobre diversificación de carteras y riesgos fueron abandonados en su totalidad. Esto aumentó la presión incluso sobre empresas del área productiva, obligadas a “mostrar” ganancias de corto plazo, y siempre en riesgo de ser compradas “agresivamente”⁴ por fondos especulativos.

La “securitización” consistía técnica en distribuir el riesgo de cada crédito considerado probabilísticamente como incobrable entre muchos otros supuestamente seguros. Este paquete “colectivo” de créditos era el “activo” que se negociaba en los mercados mundiales. Esta técnica se aplicaba a cualquier tipo de crédito, no importando que fueran deudas privadas (como las famosas hipotecas) o públicos (bonos emitidos por el sector público de diversos países, con distinta calificación de riesgo), obligaciones negociables, movimientos a futuro de mercados de valores o precios de materias primas, etc. Así nacieron los diversos instrumentos llamados CDS (credit default swaps, que aseguraban contra créditos incobrables), ABS (asset-backed securities, que aseguraban valor de cotización de acciones), CDOs (collateralized debt

⁴

Se llama así a la adquisición de una empresa por otra incluso contra la voluntad de los dueños de la primera, por medio de la adquisición de la mayoría del paquete accionario.

obligations, que aseguraban crédito sobre crédito) y las MBS (mortgage backed securities, que aseguraban créditos hipotecarios). La operatoria en todos los casos era la misma: sobre ese colectivo de créditos se emitían títulos (llamados ABS o MBS si se trataba de hipotecas). Luego esos títulos se mezclaban con otros, creando un nuevo "colectivo" –ahora de títulos, y ahí se tenía un CDO. O, si lo que se quería era comprar un "seguro" de cobrar, se compraba un CDS, que supuestamente protegía al comprador de ese título contra cualquier riesgo de incobrabilidad. Así se creó una montaña de papeles, que se "valorizó" hasta el sideral monto de 63 billones de dólares –para comparar, el PBI de Estados Unidos es de 13 billones y el stock de capital puede alcanzar, según Robert Solow⁵, unos 40 billones, por lo que los CDS tienen un valor 50% superior al total de capital físico estadounidense. Finalmente se hundiría todo, los asegurados y los aseguradores.

Para hacer esto más especulativo y ficticio aún tenemos que agregar el otro elemento que nos falta: el llamado "leverage" –apalancamiento- que consiste en realizar todas estas operaciones con dinero prestado, no propio. Así, las instituciones que llevaban adelante este proceso llegaron a estar "apalancadas" en más de 30 veces su propio capital. Para comparar, un banco comercial, con las actuales regulaciones norteamericanas, tiene un endeudamiento de 12 veces su capital; mientras que un banco de inversión, está apalancado en promedio en 32 veces (se denunciaron casos donde el apalancamiento llega a 50 veces).

Lo increíble es que todas estas operaciones eran perfectamente "legales". A esto se refieren algunos economistas que hoy descubren el "exceso de desregulación" que habría acompañado este crecimiento del capital financiero. Es evidente que el origen legal de la posibilidad de crecimiento de esta burbuja especulativa se encuentra en 1999 (todavía durante el gobierno de Clinton), cuando se aprobó la ley Gramm–Leach–Bliley (1999) que levantó las barreras para la consolidación de bancos, aseguradoras y corredores de acciones, liquidando un conjunto de regulaciones que venían desde la época de la Gran Depresión de 1929.

Como lúcidamente dice Michael Hudson: "Un fondo hedge, o fondo de cobertura o de inversión libre, no gana dinero produciendo bienes y servicios. No avanza fondos para comprar activos reales, ni siquiera presta dinero. Lo que hace es tomar prestadas enormes sumas para apalancar sus apuestas con crédito prácticamente ilimitado. Sus ejecutivos no son ingenieros industriales, sino matemáticos que programan computadoras para hacer apuestas cruzadas o straddles sobre cómo se comportarán las tasas de interés, las tasas de cambio de divisas o los precios de las acciones y las obligaciones... o los precios de las hipotecas empaquetadas por los bancos. Los préstamos empaquetados pueden tener contenido o ser basura. No importa. Lo único que importa es ganar dinero en un mercado en el que el grueso de las operaciones

5

Clarín, Ieco, 12/10/2008.

comerciales dura apenas unos segundos. Lo que genera ganancias es la fibrilación de los precios, la volatilidad... Buena parte de las culpas deberían cargarse sobre la Administración Clinton, responsable directa en 1999 de la abrogación de la Ley Glass-Steagal, que permitió a los bancos fusionarse con casinos. O mejor dicho: a los casinos, absorber bancos. Eso es lo que puso en riesgo los ahorros de los norteamericanos.”⁶

Estos desequilibrios eran conocidos por todos los operadores económicos. Ya había habido dos “avisos” con caídas fuertes de la Bolsa de Wall Street en mayo-junio del 2006 y febrero del 2007. Con los valores de las propiedades por las nubes, a los agentes inmobiliarios les empezó a resultar cada vez más difícil encontrar nuevos compradores. Los precios de las propiedades empezaron a bajar y a acumularse viviendas invendibles. A ello se le sumó que la tasa de interés empezó a subir⁷ y muchos se encontraron con que no podían pagar las cuotas de sus hipotecas, con lo que cada vez más créditos pasaron a la categoría de incobrables.

Muchos deudores descubrieron que, entre la suba de la tasa de interés y la baja del valor de los inmuebles, tenían una deuda por el doble del valor de su casa. Y ahí fue cuando se empezaron a acumular los créditos incobrables y se produjo la reacción en cadena. Como pedagógicamente lo explicó Paul Krugman en ese momento: “la entidad financiera A no puede vender sus títulos con respaldo hipotecario, con lo cual no puede reunir el dinero suficiente para pagarle lo que le debe a la B, la que no tendrá dinero para pagarle a la C. Y los que tienen dinero se sientan arriba, porque no confían en que alguien devuelva los préstamos, con lo que empeoran todavía más el panorama”⁸.

La crisis estalló en julio del 2007, cuando quebraron dos fondos de riesgo de la banca de inversiones yanqui Bear Stearns. Eso generó una brusca caída en la Bolsa de Wall Street. Luego quebró el American Home Mortgage Investment, uno de los principales bancos hipotecarios yanqui. Y después se extendió a otras instituciones que no tenían nada que ver con del negocio inmobiliario, pero que estaban relacionadas con los negocios especulativos que relatamos más arriba. A principios de agosto la crisis llegó a Europa, cuando tanto el banco alemán IKW como el francés BNP-Paribas (primer banco de Francia), anunciaron dificultades debido a que tenían fondos de crédito invertidos en hipotecas “subprime”. En Estados Unidos la situación se agravó cuando se conoció que tres grandes bancos habían tenido que recurrir a la Reserva Federal porque se encontraban en dificultades. También aparecieron las primeras

⁶ Michael Hudson, IADE, 26/09/08, Golpe de estado cleptocrático en los Estados Unidos

⁷ Un efecto secundario de la “burbuja inmobiliaria” en su fase ascendente fue la generación de un incipiente proceso inflacionario en los Estados Unidos, que llevó a Alan Greenspan a comenzar un nuevo proceso de suba de la tasa de interés de referencia.

⁸ Ieco, Clarín, 12/08/2008.

señales de “desconfianza” entre las propias entidades, cuando trascendió que el banco británico Barclays había sufrido un rechazo de crédito interbancario “overnight”⁹ por parte del HSBC.

La situación comenzó a expandirse peligrosamente. Ahí comenzó el “salvataje”. Los bancos centrales de todos los países desarrollados salieron a inundar de divisas el mundo para evitar una quiebra en masa. Tras varias “intervenciones”, que se calcula que tiraron al mercado mundial casi 500.000 millones de dólares en esos primeros meses (agosto-setiembre 2007), muchos creyeron que habían logrado parar la bola de nieve que llevaba a un crack de las finanzas mundiales. A esto se le sumó la Reserva Federal yanqui, que empezó a reducir la tasa de interés de referencia (que cuando comenzó la crisis estaba en un 5,25%).

Después de todas estas intervenciones hubo un momento en que parecía que semejante lanzamiento de dinero había logrado parar la crisis (de hecho las bolsas recuperaron los valores pre-crisis hacia octubre 2007). Pero inmediatamente empezaron a aparecer los reportes de las pérdidas que habían sufrido las principales entidades financieras del mundo, y todo volvió a caer: las bolsas, el dólar y la disponibilidad de crédito. La realidad es que a diciembre del 2007, la Reserva Federal yanqui y el Banco Central Europeo llevaban “tirado” al sistema más de un billón de dólares. Al mismo tiempo el gobierno de Bush había anunciado un primer plan de rescate de los deudores hipotecarios.

Pero esto no detenía la crisis, que en enero volvió con todo, cuando los principales bancos del mundo debieron admitir pérdidas millonarias: Merrill Lynch reconoció 24.500 millones de dólares, el Citigroup 22.100.000, UBS 14.400.000, HSBC 10.700.000, Morgan Stanley 9.400.000, el Bank of America 7.900.000, Washington Mutual 6.500.000, Credit Agricole 4.900.000, Wachovia 4.700.000 y JP Morgan 3.200.000 (pronto estos números de quebrantos parecerían monedas frente a lo que se vendría). La aparición de esos valores fue lo que provocó que el 21 de enero de 2008, a pesar de ser feriado en los Estados Unidos –y que por lo tanto Wall Street estaba cerrada-, se derrumbaran todas las otras bolsas del mundo, sufriendo el cimbronazo más grande desde el día de la caída de las Torres Gemelas en 2001. La respuesta de la Reserva Federal fue desesperada: Ben Bernanke, su presidente, redujo la tasa de interés de referencia en 0,75%. Para tener una idea: en agosto de 2007 se había resistido durante semanas en bajarla apenas 0,25%. Luego, lo hizo tres veces antes de fin de año. Y en ese momento de enero, sin siquiera esperar la reunión formal respectiva, la redujo en tres cuartos (esta reducción continuaría hasta Abril, hasta llevar la tasa al 2%).

Al mismo tiempo empezaron a aparecer los datos de la economía “real” yanqui. Las estadísticas reportaban fuertes señales de que se iba a una recesión: despidos en la construcción y el sector financiero, Wall Mart mostrando que sus ventas de fin de año habían

9

Préstamos usuales entre bancos para cerrar sus posiciones diarias.

sido las menores en años, la tasa de desempleo llegando al 5%, y mezclado con ello, para hacerlo más complejo, la inflación más alta de los últimos 26 años: 4,1%. Ya se calculaba que entre 500.000 y 2 millones las personas estaban perdiendo sus viviendas como consecuencia de la crisis de las hipotecas. El PBI yanqui en el cuarto trimestre del 2007 registró una suba de sólo el 0,6%, dando para todo el año un ascenso de apenas el 2,2%, el peor número desde el 2002. Ya nadie discutía en Estados Unidos que había una baja fuerte del nivel de actividad, y cada vez más se hablaba más fuertemente de "recesión".

Ni un paquete de medidas de Bush anunciando reducciones impositivas por 145.000 millones de dólares, ni nuevas bajas de la tasa de interés de la Reserva Federal lograron evitar que todo siguiera para abajo: las bolsas siguieron en una tendencia descendente (cada semana se acumulaban los "días negros"), se achicó aceleradamente el crédito y prácticamente todos los días se conocían nuevos datos que reafirmaban que la economía yanqui entraba aceleradamente en recesión.

Mientras tanto, seguían apareciendo ramificaciones especulativas de la crisis en Europa y el Japón. La realidad es que se desconocía hasta dónde llegaba la magnitud de las pérdidas, ya que los bancos "escondían" sus quebrantos (empezó a aparecer la expresión de activos "tóxicos", para referirse a créditos incobrables "escondidos" en los balances) hasta que no podían sostenerlos más, y entonces los anuncios eran "pérdidas espectaculares", generando grandes temblores por todos lados. De hecho ese "pico de crisis" de comienzos de año terminó generando la caída y nacionalización del banco británico Northern Rock.

En marzo, el detonante fue la casi quiebra de Bear Stearns (uno de los cinco bancos de inversión de Estados Unidos). El viernes 14 a la tarde, los directivos de la firma de Wall Street informaron a la Reserva Federal que, si no los salvaban, el lunes siguiente anunciaban la quiebra. La Reserva Federal rápidamente convenció a uno de los principales bancos comerciales, el JP Morgan, que comprara el banco en quiebra. Claro que lo logró después de que la propia Reserva Federal aportara 30.000 millones de dólares para la operación. Igualmente, no pudieron evitar que la "compra" se hiciera por la irrisoria suma de 236 millones de dólares. Para ilustrar: hace un año, la acción de Bear Stearns cotizaba a 172 dólares, luego cayó, y el viernes de la crisis estaba a 30 dólares, pero con los números de la venta terminó a 2 dólares por acción.

Así llegamos al "setiembre negro" de 2008. Todos estos antecedentes habían ya generado sus consecuencias sobre la economía real. El desempleo del primer semestre del año acumulaba 600.000 personas, más de un millón de personas ya habían perdido sus viviendas y todos los indicadores económicos coincidían que la economía yanqui estaba en recesión. Situación similar se vivía en Europa y Japón.

Pero lo peor todavía no había llegado. Lehman Brothers, otro de los cinco grandes bancos de inversión, no recibió “ayuda” de la Reserva Federal y se hundió. Quizás las autoridades yanquis se jugaron a “dejar caer un grande” para que se estabilizara todo después. Si esa fue su apuesta, su error fue grande. Ahí comenzó la caída en picada. Muchos señalan ese hecho como el verdadero punto de partida de la aceleración de la crisis.

A partir de ese momento los sucesos tomaron velocidad diaria. Merrill Lynch, otro de los bancos de inversión, fue adquirido a precio de remate. Y los dos que quedaban, Goldman Sachs y Morgan Stanley se apresuraron a cambiar de status y pasar a ser simples bancos comerciales, porque corrían serios riesgos de caer. Mientras tanto, AIG, la mayor aseguradora del mundo, tuvo que ser salvada por 85.000 millones de dólares, y lo mismo ocurrió con Fannie Mae y Freddie Mac, virtualmente rescatadas por el estado al costo de 100.000 millones de dólares cada una. La Asociación Federal de Hipotecas Nacionales (o Fanny Mae) y la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios para la Vivienda (Freddie Mac) poseen o garantizan, entre ambas la mitad del mercado norteamericano para la compra de vivienda y el 75% de las hipotecas sobre las casas unifamiliares. Prácticamente todas las empresas inmobiliarias están relacionadas con estas dos compañías en algún sentido, casi todo Wall Street tiene activos relacionados y existen 5,2 billones de dólares “respaldados” por Fanny y Freddy, como se las conoce. De ahí la importancia de su debacle y rescate.

La carrera hacia abajo siguió, a la velocidad del sonido, donde a las caídas y los salvatajes por parte del estado, se le suma un fenomenal proceso de concentración: el Citigroup, el Bank of America y el JP Morgan pelean hasta hoy cabeza a cabeza el puesto de número uno de los bancos yanquis, adquiriendo por monedas y con ayuda del estado norteamericano a los otros que van cayendo, como ya pasó con el Washington Mutual y el City intentó hacer con el Wachovia (aunque finalmente perdió la pelea con el “cuarto” banco, el Wells Fargo).

Finalmente, en medio de lo que parece ser un espiral infernal que marcha a velocidad supersónica hacia abajo, llegó la apuesta más fuerte de Bush: un salvataje de 700.000 millones de dólares, donde el estado yanqui se haría cargo de todos los créditos incobrables (o activos “tóxicos”) que contaminan los balances de las empresas. Tras un inédito traspie en la Cámara de Representantes (donde fue votado en contra mayoritariamente por los propios republicanos), sólo la intervención personal de los dos candidatos presidenciales (y una nueva debacle de las bolsas en el medio) logró que el proyecto fuera aprobado, aunque con una serie de modificaciones (de hecho el gobierno dispondrá directamente de “sólo” 350.000 millones de dólares; para la otra mitad deberá pedir autorización al Congreso).

Pero ni eso detuvo la escalada de la crisis: esa misma semana tuvieron que ser “rescatados” el banco alemán Hypo Real Estate, el belga-holandés Fortis, el franco-belga Dexia,

el británico Bradford & Bingley y el islandés Glitnir, mientras había serios rumores sobre el estado del Commerzbank alemán y el italiano Unicredit. De hecho, la votación del megarrescate fue recibida por las bolsas del mundo con otro derrumbe sin precedentes.

Con posterioridad a la aprobación de los 700.000 millones, la crisis, en vez de amainar, arreció. Al citado tembladeral de bancos europeos, le siguió una seguidilla de caída de cotizaciones de todas las bolsas del mundo que, al momento de escritura de este artículo, ya acumula siete jornadas de baja consecutiva, en algunos casos, como Rusia o Brasil, con derrumbes que obligaron incluso al cierre provisorio de sus bolsas. El sistema bancario europeo se encuentra en medio de un verdadero tembladeral. Los bancos centrales europeos respondieron primero aumentando las garantías de los depósitos (algo que también había hecho los Estados Unidos al votar el megarrescate, subiéndola de 100.000 a 250.000 dólares), y se dieron incluso varias "nacionalizaciones" de bancos en crisis, como en Islandia. De hecho, hubo varios días que no "funcionó" ninguna coordinación entre los estados europeos, que virtualmente se "robaban" los clientes de los bancos ofreciendo mayores garantías de depósitos. Y el pico de la conflictividad se alcanzó cuando Islandia estableció de hecho un "corralito" al nacionalizar su sistema bancario, pero dejando sin poder retirar sus depósitos a los extranjeros, lo que ocasionó un severo incidente con Gran Bretaña.

La Reserva Federal, por su parte, siguió tirando medidas desesperadas, cada una más heterodoxa: decidió pagar intereses por las reservas inmovilizadas de los bancos, luego anunció que saldrá a prestar directamente a empresas comprando papeles comerciales (algo inédito en un Banco Central, que se supone que sólo interactúa con bancos, y no directamente con individuos). Y, hacia el final de la semana, aceptó que con los fondos votados del rescate no sólo adquiriría los activos "tóxicos", sino que también podría comprar paquetes accionarios, dando la señal hacia una posible, e inédita, nacionalización parcial de la banca norteamericana. Claro que todas estas intervenciones no son gratuitas. Tanto el déficit fiscal, como la deuda pública norteamericana siguen creciendo. Según un estudio del Morgan Stanley, el déficit fiscal puede llegar a 2 billones de dólares en el 2009 (12,5% del PBI) y la deuda a 10 billones (70% del PBI).

Finalmente, se produjo la baja coordinada de tasas llevada adelante por 6 bancos centrales (entre ellos la Reserva Federal y el Banco Central Europeo, pero con el aditamento de que por primera vez participó la China) de 0,50%. Así la tasa de referencia de la Reserva Federal queda en 1,50%. En el caso del Banco Central Europeo, el descenso va de 4,25% a 3,75%, tratándose de la primera baja desde junio de 2003.

Una de las "formas" que asumió la crisis en los primeros días de octubre de 2008 es la de una brutal caída de las bolsas. Estas se desbarrancaron en todo el mundo, acumulando retrocesos anuales de entre un 30% y un 40%. Las 20 mayores empresas del mundo ya

perdieron en valor de cotización un monto equivalente a la economía de Brasil (1,1 billones de dólares).

2009: el interregno

Durante 2009 vimos una desaforada propaganda tratando de convencernos que “la crisis ya había pasado”, que “se vislumbraba la recuperación” y expresiones similares. Pero esa expresión de deseos de la burguesía imperialista mundial, sus gobiernos y sus voceros del periodismo del establishment no se compadecieron con la realidad. En los propios Estados Unidos, el desempleo siguió por encima del 10%, los pedidos de seguro de desempleo continuaron subiendo mes a mes, el mercado inmobiliario con sus millones de hipotecas impagas no se recuperó, y quedaron 700 bancos en dificultades.

Y hubo nichos especulativos que recién estallaron después, agravando la crisis. Así sucedió en los Emiratos Arabes Unidos en noviembre de 2009, cuando el fondo privado Dubai World se declaró en cesación de pagos, simplemente por el estallido de una nueva “burbuja especulativa” montada sobre fantásticos megaproyectos inmobiliarios.

Pero lo que empezó a crujir a comienzos de 2010 es en realidad el megaproyecto especulativo-imperialista llamado “zona euro”. El capital monopólico y financiero de las grandes potencias europeas se construyó un gran espacio para sus superganancias: semicolonizar a las economías más débiles del sur y este de Europa, aprovechando los menores valores inmobiliarios, e incluso su mano de obra más barata. Pero la Unión Europea es hoy un proyecto en crisis. Cuando se lanzó el euro en, 1999, se fijaron las normas para poder pertenecer a ese supuesto “club selecto”: ningún país podía tener más de 3% del PBI de déficit fiscal y de 60% del PBI de deuda externa. Pero luego de los megasalvatajes de los bancos con la crisis de 2009, los números europeos ya pintaban un panorama desolador: Grecia con déficit fiscal y endeudamiento con respecto al PBI, respectivamente, de 13 y 113%, y España 11 y 54%, pero no son la excepción. Irlanda estaba en 13 y 66% y Portugal en 9 y 78%, quedando el mismísimo promedio de toda la zona euro en 6% del PBI de déficit fiscal, totalmente por encima de lo acordado. En 2009, los 16 países de la zona euro mostraron un promedio de caída de sus economías del 4,1%, con 23 millones de desocupados, 7 millones más que hace dos años.

2010: la crisis llega con todo a Europa y pone en jaque al Euro

2010 fue el año en que la crisis económica global abierta a mediados de 2007 llegó con todo a Europa. El escenario quedó dibujado con la mayoría de los países con brutales déficits fiscales y enormes masas de endeudamiento externo –La zona euro tiene una deuda pública combinada de casi 8 billones de euros, que se eleva a 12 billones para toda la Unión Europea -, gobiernos que, uno tras otro, se ven obligados a anunciar fortísimos ajustes y la salida a escena de la clase trabajadora plantando la bandera de la resistencia.

Pero necesitamos acercar la lupa para precisar las diferencias dentro de este panorama general. Va quedando delineada una división entre dos “tipos” de países. Por un lado Alemania, Francia y hasta cierto punto Gran Bretaña, con grandes bancos acreedores de los miles de millones de euros en bonos lanzados por los distintos estados. Y por lo tanto “temerosos” de no cobrar. Notemos que aún estos países tienen elevadísimos déficits fiscales y deudas públicas. En Gran Bretaña el déficit fiscal asciende al 12,9% del PBI (181.000 millones de euros, el más alto de la Unión Europea). Y tiene una deuda externa que suma el 62% del PBI. Francia tiene un déficit fiscal del 7,5% y una deuda de 78,1%. Y la propia Alemania, el país más “sólido” del bloque, tiene un déficit fiscal del 5% de su PBI y una deuda pública del 77%. Francia y Alemania dentro de la zona euro y Gran Bretaña por fuera, son los países que, en ese orden, apuestan a que la Unión Europea les permita avanzar en la semicolonización de las naciones del este europeo, como salida para muchas de sus complicadas multinacionales.

En el otro extremo se encuentran “los PIGS” (Portugal, Irlanda, Grecia y España) o “PIIGS” (si se incluye también a Italia). Se trata de los países que aparecían, al incorporarse a la zona euro, como los “nuevos ganadores”, los lugares a donde “llegaban los capitales y las inversiones”. La prensa económica del establishment escribió ríos de tinta explicando su pujanza, donde teóricamente se desarrollaban nuevos “milagros económicos”. Todo era mentira: lo que se gestaron fueron gigantescas burbujas especulativas, en algunos casos inmobiliarias –como en España-, en otras principalmente financieras (situación que se dio también en otros países como Islandia o Letonia). Hoy son los que muestran lo peores indicadores: Irlanda tiene un déficit del 14,3% del PBI y una deuda pública del 64%, Portugal está con un déficit del 9,4% y una deuda de 76.8%, España posee un déficit del 12,2% y su deuda es de 53,2%, Italia presenta déficit por 5,3% y una enorme deuda pública del 115,8% del PBI y, finalmente Grecia, la peor, con su astronómico déficit del 13,6% y una deuda del 115%. El riesgo de cesación de pagos en cualquiera de estos países pone en jaque a los bancos alemanes, franceses y británicos.

Sobre la recesión de 2008-2009, la agudización de la crisis en 2010

La crisis se expandió por Europa casi instantáneamente con su estallido en los Estados Unidos en julio de 2007. Así vimos aparecer los escalofrantes índices de recesión y desempleo, el crecimiento de la pobreza (nació el término "milleuristas", aquellas familias que tenían que sobrevivir en el astronómico costo de vida europeo con apenas mil euros al mes).

Los cientos de miles de millones de euros que se lanzaron al mercado fueron para salvar a los bancos, dejando absolutamente a la intemperie a los millones de trabajadores afectados, entre ellos la enorme masa de inmigrantes indocumentados. La recesión empezó a mostrar sus efectos en algunas ramas industriales, particularmente la automotriz. El caso paradigmático es la Fiat italiana, que comenzó amenazando con cerrar plantas y trasladarlas al este europeo si no se aceptaban rebajas salariales y flexibilización en las condiciones de trabajo, para terminar planteando la posibilidad de trasladar a Serbia incluso su planta madre de Turín. También las compañías aéreas aprovecharon el contexto recesivo para plantear rebajas salariales y cambios en los contratos de trabajo desfavorables para los trabajadores.

Pero fue entre fines de 2009 y los primeros meses de 2010 que la situación se agudizó. Primero en Grecia, y luego extendiéndose al conjunto de los "PIGS", apareció el hecho concreto del riesgo de cesación de pagos. En concreto, los países de la Unión Europea (todos, pero en particular los de la zona Euro) habían tratado de zafar de la crisis contrayendo deuda (emitiendo bonos), que habían sido adquiridos por los bancos más importantes del continente, especialmente de Alemania, pero también de Francia y Gran Bretaña. El no pago de esas deudas por parte de los distintos estados ponía en riesgo la existencia misma de esos bancos.

La respuesta de la burguesía imperialista europea, actuando a través de los gobiernos de Francia y Alemania, del Banco Central Europeo y del propio FMI, fue única: la exigencia de un ferocísimo ajuste sobre Grecia, el país que comenzaba a derribar ese castillo de naipes. Luego esa exigencia se extendería a Portugal, España e Italia (como antes de Grecia se había dado también con Irlanda).

Pero después estaría planteado el problema de "quién y cómo" se pondría la plata para evitar que, en el cortísimo plazo, mientras se aplicaban las medidas de ajuste, se entrara en cesación de pagos. Acá las opiniones no fueron tan unánimes. Se comenzaba a ver la crisis del proyecto "Unión Europea" en general y "Euro" en particular. Finalmente, el Fondo de Estabilización Europeo, después de muchas idas y vueltas fue fijado en 893.000 millones de dólares, 524.000 aportado por la Unión Europea y el resto por el FMI.

Como señalamos más arriba, todos los países europeos están inmersos en serios problemas de endeudamiento y déficit fiscal. Estaba planteado para el conjunto la necesidad de "ajustarse" si no querían provocar un colapso en sus propios bancos. La diferencia estaba entre aquellos que ajustaban a su clase obrera para sostenerlos, a la vez que explotaban con sus

multinacionales a la de los otros países (Alemania, Francia y Gran Bretaña) y los que ajustaban para sostener a los bancos de los otros (el resto).

La recesión y las luchas de 2008-2009 habían dejando extremadamente debilitados a todos los gobiernos europeos. En algunos casos se trataba de gobiernos “nuevos” (Grecia o Gran Bretaña) que venían a reemplazar a los desgastados por el ajuste conservadores (en el caso griego) o laborista (británico) y ahora debían ser ellos quienes implementaran los ajustes. En otros de gobiernos que ya sumaban a su propio desgaste anterior, la recesión de la crisis y debían, a la vez, lanzar sus planes de ajuste.

En todos los casos los anuncios fueron brutales. El nuevo primer ministro británico, David Cameron, anunció un ajuste inmediato del gasto de 6.000 millones de libras esterlinas (8.850 millones de dólares). En Francia, Sarkozy trató de hacer un recorte de 4,5% del déficit hasta 2013. Alemania, anunció un ajuste de 12.300 millones de dólares entre 2011 y 2016. Irlanda programó un ajuste de 5.000 millones de dólares. Portugal, de 18.000 millones. España, de 18.000 millones de dólares (8% en tres años). Italia planificó un ajuste de 1,6% del PBI hasta 2012. Finalmente Grecia, propuso ajustar 3% del PBI en tres años (37.600 millones de dólares). Las recetas se repetían de país a país: aumentos de impuestos al consumo, recortes en las políticas sociales y los seguros de desempleo, reducciones salariales y congelamiento de vacantes en el sector público y aumentos de la edad jubilatoria. La respuesta de la clase trabajadora también fue unánime: una ola de huelgas y manifestaciones recorrió todos los países de Europa.

En 2010, las burocracias sindicales, muchas de ellas, tal el caso de España y Grecia, directamente vinculadas a los partidos gobernantes, buscaron enchalecar las luchas en paros y marchas aisladas, nunca coordinadas entre distintos gremios. Trataron de esa forma, con la excusa del verano, las vacaciones y el Mundial de Fútbol, de “patear” los conflictos para setiembre. No pudieron evitar, sin embargo, que estallaran aquí y allá varias luchas, algunas de ellas incluso por fuera de las direcciones tradicionales (como el caso del Metro de Madrid) o la continuidad de las huelgas en Grecia.

Al mismo tiempo, el establishment económico lanzó una amplia campaña utilizando tanto a sus gobiernos como a los grandes medios financieros (Financial Times, The Economist) buscando mostrar que “se había salido de lo peor de la crisis” y comenzaba un sendero de crecimiento económico. Utilizaron para esto los reportes económicos del segundo trimestre de ese 2010. Ahí se percibía con claridad una Europa partida en dos sectores. Por un lado, los países con crecimiento, donde la “noticia” es Alemania con un 2, 2%, sólo superado por el crecimiento del 2,9% registrado por Lituania, Reino Unido aportando un crecimiento del 1,1%, Francia un 0,6 e Italia un 0,4 por ciento. En el otro extremo, tenemos a Grecia, que siguió reduciendo su rendimiento (cayó un 1,5%, después de haberse hundido un 0,8% en el primer

trimestre), y a España y Portugal, con crecimientos marginales del 0,2%, demostrando que continúan sumidos en la recesión tal como en 2009. Dado el peso que la economía alemana tiene por su tamaño en el total de Europa, esto generó que estadísticamente la economía europea creciera un 1% en el segundo trimestre de 2010. Se utilizó y sobredimensionó periodísticamente este número.

Sin embargo, los propios gobernantes y capitalistas sabían que los bancos siguen en situación crítica, llenos de activos incobrables. El mes de julio de 2010 se realizó un "test" para verificar su estado y, aunque se "dibujó" que salvo excepciones, todos estaban en perfecto estado, aún los mismos medios del establishment reconocieron que ese examen no era confiable. La única medida de impacto real era hacer pasar los brutales ajustes.

La crisis fue poniendo al desnudo los pies de barro de lo que se quiso presentar como el coloso "Unión Europea". El euro, la poderosa moneda que salía a disputarle al dólar el lugar de primera moneda mundial, y que se había revalorizado espectacularmente desde su lanzamiento en 2000, sufrió su mayor desvalorización, cercana al 25%. Que podría haber sido peor, si no fuera que la China, en su intento de diversificar sus reservas (tiene en su poder más de un billón de dólares) salió a comprar euros "baratos" y evitó que se siguiera hundiendo.

Las medidas para afrontar la crisis, y en particular la posición relativa a como constituir el fondo de salvataje para Grecia dividieron aguas entre Francia y Alemania. Mientras Sarkozy apuntaba a un fondo disponible para socorrer a todos los bancos, Angela Merkel abogaba por la política de "cada cual salva a los suyos". Es que la canciller alemana sabía que ya tenía bastante problema con el riesgo de una eventual caída del Deutsche Bank y el Commerzbank, como para hacerse cargo también del resto. Finalmente, se llegó a una salida intermedia, "de compromiso". Pero nada de esto puede esconder la crisis del proyecto euro: existe un Banco Central Europeo y una única moneda, pero al no haber un gobierno único, no hay disciplina fiscal. De hecho, todos los países de la Unión Europea (entre ellos los 16 de la zona euro) están violando los máximos "permitidos" de déficit fiscal y deuda externa.

La crisis griega primero, y su repetición en España y Portugal después, plantearon un interrogante: ¿qué pasa si los planes de ajuste, debido a la resistencia popular, no pueden aplicarse? Si estuviéramos en otros países del mundo la receta sería la devaluación. Pero un país individual de la zona euro no puede devaluar, ya que no tiene moneda propia. Y su deuda la tiene con bancos de otros países, que también se mueven en euros. Les queda la opción de "salirse" (voluntariamente o expulsado) de la zona euro, pero esto significaría una crisis mayúscula para una región y una moneda que se planteaban como "heredera del dólar".

Todas estas dudas, discutidas una y otra vez desde 2010, donde se planteó incluso la misma permanencia del euro, llevaron a su caída con respecto al dólar y el yen que señalamos

más arriba. Para los capitales europeos esto significó una muy fuerte pérdida de valor de sus activos, apenas compensada en el caso de Alemania, donde la devaluación del euro favoreció la competitividad de sus empresas exportadoras. Pero aún para Alemania esto tiene patas cortas: si el euro sigue cayendo, sus transnacionales perderán poder de compra de empresas en Europa del Este y Asia, retrocediendo en su proyección imperialista. Por eso todos los gobiernos, incluso Alemania, ven como programa único para sostener el proyecto capitalista-imperialista de la Unión Europea el salvataje de sus bancos a costa de los ajustes salvajes contra los trabajadores.

¿Nuevo “milagro alemán” o el espejismo ante una nueva burbuja?

Los diarios del mundo empezaron entonces a titular, desde el segundo semestre de 2010, que “la economía alemana impulsa la coyuntura europea” (Oficina Federal de Estadísticas de Alemania, Deutsche Welle, Financial Times, Wall Street Journal, 15/8/2010). Se referían a que el PBI había crecido un 2,2% en el segundo trimestre. Para Alemania se trataba de su mayor crecimiento en un trimestre desde la unificación. Ante estos números ya aparecieron los adjetivos, impulsados por el propio gobierno de Berlín, pero también por los diarios financieros de Europa: “vertiginoso”, “nuevo milagro alemán”. Gustav Horn, director del Instituto de Macroeconomía e Investigaciones coyunturales (IMK) exageraba: “el resultado es sensacionalmente bueno. Muestra claramente la fuerza con la que han empujado a la economía los programas coyunturales aplicados en todo el mundo” (Deutsche Welle, 15/8/2010).

El gran interrogante era: ¿cómo se relacionan estas expresiones con un gobierno alemán sumido en una crisis política y un ajuste en plena ejecución? La crisis llegó a Alemania, como a toda Europa, a comienzos de 2008, y se potenció con el pico de crisis de ese último trimestre – tras la caída en Estados Unidos de Lehman Brothers-. Cuando los billones de euros colocados por el Banco Central Europeo evitaron la quiebra de unos cuantos bancos alemanes, comenzó a generarse la nueva burbuja: la de los bonos de los estados europeos, entre ellos Grecia. La realidad es que los bancos alemanes, principalmente el Deutsche Bank y el Commerzbank tienen en su cartera activos incobrables por alrededor de 300 mil millones de euros. Fue por eso que el gobierno de Angela Merkel, a pesar de que la medida era repudiada masivamente, tuvo que participar en el fondo de rescate de Grecia.

En el hecho de que el mismo gobierno que lanzaba esos fondos para “salvar a Grecia” (léase en realidad a los pulpos financieros alemanes) anunciara que había que realizar un ajuste y que los trabajadores debían reducir sus sueldos y beneficios sociales, estuvo el comienzo de

una seguidilla de luchas obreras y también de la derrota electoral del partido de Merkel (la CDU, Democracia Cristiana) en innumerables elecciones regionales durante 2011 y 2012.

Ya en febrero se había dado la huelga de los pilotos de Lufthansa. También se habían desatado conflictos en el sector público y entre los metalúrgico-que involucraron a cinco millones de trabajadores, aunque ambos fueron “cerrados” con la traición de las burocracias de los respectivos sindicatos, que firmaron la prórroga de los convenios colectivos con reducciones de los salarios reales.

Ya en mayo de 2010, Merkel había anunciado un recorte por 86.000 millones de euros entre 2011 y 2014. Señaló que lo hacía para cumplir con la enmienda constitucional que la obliga a mantener el déficit público por debajo del 0,35% del PBI a partir de 2016 (Frankfurter Allgemeine Zeitung, 26/5/2010). El plan consistía en fuertes reducciones del empleo público – aproximadamente 50.000 puestos de trabajo-, reducciones salariales del 2,5% de los sueldos en el sector público, bajas en los subsidios al desempleo y planes de ayuda por hijo, entre otras partidas sociales, así como aumentos de impuestos. Los anuncios apuntan al corazón del llamado “estado del bienestar alemán”. Es que, más allá de varios intentos de recortes sociales, en las últimas décadas, la clase trabajadora alemana ha resistido con éxito hasta ahora la continuidad de sus conquistas históricas.

Pero el imperialismo alemán basa su fortaleza en semicolonizar a los países del este europeo (y algunos del sur también, tal el caso de Grecia), y en su poderío exportador. De hecho la devaluación del euro lo favoreció, permitiéndole tornar más competitivos sus productos. Pero es evidente que, para intentar mantener su crecimiento con esa base, necesita reducir sus “costos internos”, en particular el salarial.

Lo que está en juego en Alemania es el proyecto conjunto de la unificación. El 3 de octubre de 1990 se produjo la unión de la capitalista Alemania Federal con los cuatro landers (regiones) y la zona este de Berlín, que integraban hasta entonces la República Democrática Alemana. La burguesía alemana intentó que los costos de la reunificación los pagaran los trabajadores, tanto del este como del oeste del país. Innumerables huelgas y conflictos lo impidieron durante toda la gestión de Helmut Kohl, el canciller democristiano que había basado su popularidad en ser el “artífice político” de la unificación. Por eso la CDU, vista como el partido del ajuste y del alineamiento con los Estados Unidos, será derrotada en las elecciones de 1998 por los socialdemócratas, liderados por Gerhard Schröder. Este apostó todo a la Unión Europea y al lanzamiento del euro, con la perspectiva de que la burguesía imperialista alemana semicolonizara a los nuevos países de Europa del Este que entraba a la UE. Pero la economía alemana, al igual que el resto de la europea “no despegó”. La recesión, el desempleo y la aplicación por parte de Schröder de las mismas políticas antipopulares que Kohl fueron minando su popularidad. En las elecciones de fines de 2002 iba encaminado a una derrota

segura, cuando una visita del presidente norteamericano George Bush y el alineamiento de la entonces oposición democristiana a favor de la participación alemana en la invasión a Irak, le permitieron a Schröder, que hábilmente se reubica como “contrario a la intervención de sus tropas”, ganar ajustadamente y ser reelecto. Los años finales de su gobierno navegarán entre sus intentos de ajustes y la imposibilidad de hacerlos pasar por la resistencia de la poderosa clase obrera alemana. Apenas le quedará como fortaleza el hecho de que Alemania se vaya consolidando como el verdadero “dueño” de la Unión Europea y, en disputa con Francia, de su Banco Central, y el avance de su semicolonización del este europeo. Así, en 2005 volverá la CDU al poder. Pero no será un “giro a la derecha”. La dispersión de votos, la altísima abstención, los votos a los Verdes y particularmente a Die Linke (la nueva formación de izquierda nacida de la escisión socialdemócrata de Lafontaine con los ex stalinistas del PDS) demostrará que lo que se expresaba era, por sobre todo, un voto castigo a las políticas del gobierno socialdemócrata. Los democristianos ganarán por muy poco. Y, para gobernar, deberán apelar a lo que se llamó la “Grosse Koalition”: una alianza con los liberales del FDP y la mismísima socialdemocracia del SPD. Nació el gobierno de Angela Merkel. En las elecciones posteriores, el SPD volvería a la oposición.

El gobierno de Merkel sin duda se benefició del período de crecimiento económico previo al estallido de la crisis mundial a mediados de 2007. Pero esta pegó de lleno a mediados de 2008 sobre la economía alemana. El hecho de que el centro de la política de Merkel haya sido el rescate de los bancos alemanes llenos de bonos griegos impagables, y que para ello Alemania destine miles de millones de euros al llamado “rescate griego”, generaron las derrotas electorales del CDU en 2010. Ahora, al igual que antes con Schröder y más atrás en el tiempo con Kohl, la “receta” de Merkel pasa por ajustes y recortes sobre las conquistas sociales de la clase obrera alemana. Esta, como también sucedió entonces, ya sale a enfrentarla.

El “pacto fiscal” de Bruselas

En diciembre de 2011, Merkel y Sarkozy lograron hacer firmar a los restantes países de la Unión Europea, con excepción de Gran Bretaña, la mayor promesa de ajuste jamás vista. Pero la resistencia de la clase trabajadora y la juventud de los distintos países plantean serias dudas sobre si podrá cumplirse.

Reuniones de “salvataje” de la Unión Europea ya había habido varias. Pero esta quizás sólo pase a la historia por haber sido la más patética. 26 de los 27 miembros de la Unión (entre ellos los 17 que tienen al Euro como moneda común) se sometieron a los dictados de “la propuesta Merkozy” (acrónimo que unía a Sarkozy, todavía en el gobierno, con Merkel). Ya no

habría más salvatajes con reestructuración de deudas, sino “mano dura”, que cada país ajuste, haga pagar a sus trabajadores la crisis y cumpla a rajatabla con los bancos acreedores (casualmente, alemanes y franceses). Las políticas de ajuste van calcadas de país a país: aumento de la edad jubilatoria, congelamiento de jubilaciones y pensiones, aumento del IVA y achicamiento del gasto público (con despidos de empleados y destrucción de las políticas sociales, salud y educación). Lo novedoso del acuerdo fue que si algún país decidía no cumplir las metas de ajuste (bajar el déficit fiscal a menos del 3% y el endeudamiento a menos del 60% del PBI), ahí “intervendrían” los organismos de la Unión Europea y los obligarían a cumplirlo. En concreto, los países firmantes entregaron su soberanía a los dictados de los funcionarios de la Unión (de hecho, a los intereses y gobiernos de Alemania en primer lugar y Francia en segundo). Gran Bretaña, el único que no firmó el acuerdo, tampoco tenía una propuesta “más progresista”. Sólo planteó diferencias porque exige más privilegios para “su” banca.

Apenas pasados un par de días del acuerdo de Bruselas, ya los medios del establishment económico mundial empezaron a plantear sus dudas sobre si iba a funcionar. Incluso, muchos empezaron a poner en cuestión la mismísima sobrevivencia del Euro como moneda en el mediano plazo o la posibilidad de que uno o más países (con Grecia en primer lugar) abandonen la Unión Europea. Lo que estaban expresando todas estas dudas es la pregunta de fondo: ¿lograrán los gobiernos hacer pasar estos feroces ajustes? ¿Qué va a pasar con la resistencia de los trabajadores? Así se entró al 2012.

Las perspectivas del primer semestre de 2012

Durante el 2012 la crisis europea se agudizó en todos los planos: el puramente económico, el del sistema político y también en el terreno de las luchas.

En la economía real, se verifica la profundización de la recesión y el desempleo en el conjunto de la Unión y en la zona euro en particular, con casos límites como el de Grecia, pero también con reducciones fuertes en España Italia y Portugal. Sólo se salvaría pero no alcanzaría a compensar al resto, Alemania. Los números en descenso del PBI tienen también su correlato en cifras astronómicas de desempleo en los países más afectados. Pero también es alarmante que, a pesar de las feroces políticas de ajuste, no se reducen sustancialmente ni los déficits fiscales ni las cargas de la deuda pública, como así tampoco la situación de la banca privada, que en países como España está al permanentemente al borde de la crisis total.

Frente a esta realidad, los organismos de la Unión Europea (tanto la Comisión como el propio Banco Central Europeo) orillan la parálisis. Es que les resulta imposible tener políticas coordinadas medianamente eficaces cuando no logran consensos entre los propios países: Alemania se niega a un rescate pagado por el conjunto de la UE (a través de la emisión de eurobonos) y, en general, a cualquier política de expansión económica que “suspenda” los ajustes, mientras que el España, y más tímidamente Francia, hablan de sumarle al “pacto fiscal” de Bruselas otro con eje en el crecimiento.

Grecia, con un plan de rescate que implica un severísimo ajuste y con ayudas monetarias que llegan tras la aprobación de “auditorías” de la Troika (Comisión Europea-BCE-FMI), está al borde de ser dejado caer por la propia Unión Europea, lo que implicaría su virtual salida del Euro. España se acerca a tener que solicitar ser “rescatado”, debido a la doble pinza de un sistema bancario en quiebra que sigue reclamando fondos de rescate y un presupuesto estatal que, en medio de feroces recortes, no alcanza a cumplir con los vencimientos financieros del período próximo. E Italia, está con serias sospechas de ser “el que sigue en la fila”.

El panorama se complica más aún al analizar el panorama político. En España cae en picada la popularidad de Rajoy, el “nuevo” (y ya viejo) gobernante español que reemplazó a Zapatero, lo que plantea un vacío político de alternativas burguesas descomunal. En Italia está gobernando desde la caída de Berlusconi en noviembre pasado un gobierno llamado “técnico”, el de Mario Monti, de hecho un gobierno exactamente a la medida de los banqueros y los ajustadores de la Unión Europea. Las elecciones regionales recientes han mostrado que crece el descontento con el conjunto de los partidos burgueses, expresándose en la apatía o en votos a la “antipolítica” en la figura de Bepo Grillo. En Francia Sarkozy sufrió una durísima derrota, y el gobierno pasó a manos de la socialdemocracia con Hollande, que asumió prometiendo políticas de crecimiento que no puede cumplir en los propios márgenes que se ha planteado. Si bien se ha roto el eje “Merkozy” de años anteriores, la crisis sigue presente en Francia y no pasará mucho tiempo para que también se transforme en pérdida de popularidad del gobierno.

Donde sin duda la situación política se ha radicalizado más ha sido en Grecia. Las elecciones de mayo-junio mostraron la debacle de los dos partidos tradicionales del bipartidismo griego y la emergencia de fuerzas de la llamada “extrema izquierda”, encabezadas por Syriza. Esta coalición más allá que finalmente no logró imponerse en las elecciones, planteó por primera vez una alternativa claramente disruptiva con respecto a las políticas de ajuste y al pacto fiscal de la Unión Europea. El límite programático de Syriza, sin duda, es su no cuestionamiento de las instituciones de la propia Unión Europea, y ni siquiera del Euro, pero se trata de la primera vez que una fuerza de esas características logra materializar electoralmente el descontento existente en los sectores populares.

Al mismo tiempo siguieron las movilizaciones, huelgas y protestas. Esquemáticamente, si 2010 había sido el año de las grandes huelgas y la puesta en marcha de la protesta obrera contra el ajuste, 2001 fue el de las movilizaciones juveniles con base en el movimiento de "los indignados". 2012 aparece siendo el año en que confluyen los dos movimientos, se radicalizan con huelgas por fuera de las direcciones tradicionales o marchas como las de los mineros de Asturias a Madrid y, en algunos casos particulares como Grecia, van asumiendo perfiles políticos más definidos.

Las perspectivas de los próximos meses decantarán el futuro de un proyecto imperialista, el de la propia Unión Europea y de su máxima construcción de política económica, el Euro, que parecen camino al precipicio. Lo que definirá lo que suceda, sin duda es la capacidad de la clase trabajadora de parar los ajustes, repudiar esta construcción que sólo sirve a las grandes potencias y construir un horizonte de otra Europa, que sólo es viable si se unifica detrás de una perspectiva anticapitalista.

Bibliografía

Aglietta, Michel, *Regulación y Crisis en el Capitalismo*, 1979, Siglo XXI, México.

Aglietta, Michel y Lurent Berrei, *Désordres Dans le capitalisme mondial*, Paris, Odile Jacob, 2007.

Brenner, Robert, *The Boom and The Bubble, the US in the World Economy*, Verso, London, 2002.

Carcanholo, Reinaldo y Mauricio de S. Sabadini, "*Capital ficticio y ganancias ficticias*", en Herramienta 37, Buenos Aires Marzo de 2008.

Castillo, José, "*Europa: crisis y ajuste*", en Correspondencia Internacional, Buenos Aires, Agosto 2010.

Castillo, José, "*Estalló la burbuja del Euro*", en Correspondencia Internacional, Buenos Aires, Marzo 2010.

Castillo, José, "*Estados Unidos camino a la recesión: ¿Otra crisis de alcance global?*", en Correspondencia Internacional, Buenos Aires, Febrero 2008.

Castillo, José, "*Los Estados Unidos por dentro: un análisis de la distribución del ingreso en el país del norte*", en Correspondencia Internacional, Buenos Aires, Julio 2006.

Castillo, José, "*La crisis de la economía norteamericana*", en Correspondencia Internacional, Buenos Aires, Diciembre de 2001.

Castillo, José, "*Economía norteamericana: ¿se terminó la recesión?*", Correspondencia Internacional, Buenos Aires, setiembre 2001.

Chesnais, Francois, "*El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financier*", en Herramienta 37, Marzo de 2008, Buenos Aires.

Chesnais, Francois, "*La preeminente de la finance au sein du 'capital en general', le capital fictif et le mouvement contemporain de mondialization du capital*", en Séminaire d'Etudes Marxistes, La finance capitaliste, Paris, PUF, 2006.

Duménil, Gérard y Dominique Levy, "*The Real and Financial Components of Profitability –USA 1948-2000*".

Harman, Chris, *La tasa de ganancia y el mundo actual*, Internacional Socialism 115, 2007.

Housson, Michel, "*la tendente à la baisse de l'investissement*", 18/9/08, en www.hussonet.free.fr

Hudson, Michael, *Golpe de estado cleptocrático en los Estados Unidos*, IADE, 26/09/08.

MacLaughlin, Martin, *Clinton Republicans agree to deregulation of US banking system*, World Socialist Website, 1 de noviembre de 1999.

Mandel, Ernst, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Siglo XXI, 1980, México.

Lipietz, Alain, "*El posfordismo y su espacio*", en Realidad Económica, 1991, Buenos Aires.

Marx, Karl, *El Capital*, Tomo III, ediciones Siglo XXI y FCE, México.

Shaikh, Anwar, *Valor, acumulación y crisis*, Ediciones R y R, Buenos Aires, 2006.